



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . Fr. 5.--
Otros países . . \$ 3.--

Mejorémonos cada día

Exposición del Mensajero del Eterno

COMO lo he mostrado a menudo, el origen de todas las cosas es espiritual. Es por medio del espíritu de Dios que fueron creadas todas las cosas que existen. Mas como estamos saturados del espíritu del adversario, que es un espíritu egoísta y malvado, estamos afectados de un espantoso carácter que nos aflige, nos hace sufrir y morir. En efecto, la paga del pecado es la muerte.

Ahora estamos en la escuela de Cristo para cambiar de carácter y formar un nuevo registro mental. Tenemos que dejar a un lado la vieja mentalidad, el viejo hombre, y revestir el hombre nuevo que no está bajo la influencia del espíritu del adversario, sino bajo la influencia del fluido vital, del espíritu de Dios.

Mientras se forma el nuevo hombre, los ojos y los cabellos siguen igual, la apariencia física externa no cambia, lo que cambia es nuestra mentalidad. Sin embargo, es seguro que se repercute en nuestra fisionomía la transformación de nuestro carácter. Las impresiones del Reino suavizan nuestros rasgos, y el entusiasmo que nos procura la verdad es una influencia que se refleja en el rostro.

Cuando estamos seguros de las enseñanzas divinas, y que tenemos ante nosotros la posibilidad de la vida eterna, esto nos da seguridad. Son elementos que llenan de ánimo el corazón y que se reflejan en nuestro aspecto. Evidentemente hay que ser fieles a los principios divinos. Sólo así podremos tener certeza en los caminos del Señor.

Los hombres en general no creen en la posibilidad de la vida eterna. Les han servido toda clase de falsedades y mentiras que los han alejado completamente de la verdad. Se contentan con eso y lo creen hasta que sean afectados por pruebas, que les dan el deseo de ver un poco más claro y de sentir algo estable debajo de sus pies.

Cuando los seres humanos son infelices, tienen sed de verdad, porque entonces cobran conciencia de la nulidad de muchas cosas. Entonces pierden su superficialidad y buscan cosas duraderas; están maduros para emprender la buena batalla de la fe.

El que pelea conforme a las reglas, se siente maravillosamente sostenido en el combate. Es cierto que es arduo, pero, por otro lado, permite sondear todo el poder de la gracia divina y toda la fuerza del brazo del Eterno.

Por una parte, hay las potencias adversas que intentan derribarnos. Pero también hay el socorro del Señor, y podemos decir Con convicción: "Si Dios es con nosotros, ¿quién será contra nosotros?" David se benefició también de tales impresiones y dijo: "Aderezas mesa

delante de mí en presencia de mis enemigos."

Recibimos siempre según nuestra fe. Si es viva, podremos realizar cosas maravillosas, pero para que la fe funcione, es preciso vivir los principios apropiados a su prosperidad. El Señor nos conduce con seguridad; quiere hacernos llegar a la meta, pero el camino por el que nos hace pasar no es siempre el que escogeríamos.

En todo caso, el camino que el Señor nos designa es seguramente el bueno, mientras que el que nos agradaría seguir nos conduciría por caminos torcidos y peligrosos. Por tanto, debemos confiarnos completamente en el Señor y andar por fe, con docilidad, para que seamos alimentados por el espíritu de Dios.

Es indispensable que podamos estar en íntimo contacto con la gracia divina; esta es la cosa esencial, y debe sernos más precioso que todo lo demás. En efecto, ser protegido pide estar en armonía con el espíritu de Dios.

Cuando estamos en esa situación, nada malo puede sucedernos, y realizamos las palabras del salmo que dice: "Aunque los montes tiemblen en el corazón de los mares, la Ciudad de Dios no será conmovida."

El brazo del Señor nunca es demasiado corto para proteger a su ovejita, pero es necesario que no huya del redil. Los tres hebreos fueron arrojados en el horno ardiendo, y ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado. Sólo sus ataduras se habían destruido con el fuego.

Otro colaborador al servicio del Eterno, Jonás, pasó por una terrible tribulación. Era de muy dura cerviz, y tampoco su corazón era tierno. Por eso, necesitaba tal lección.

El que está firmemente decidido a hacer la voluntad del Señor, y que se somete gustosamente a sus directivas, no necesita pasar por grandes tribulaciones. El Señor no quiere obligarnos a hacer su voluntad, sino que tiene el gran deseo de vernos llegar a la meta, porque nos ama. ¡Y cuánto hacen los seres humanos por los que ellos aman!

¡Cuánto hacen los padres por sus hijos! Aun los castigan a veces, cuando es absolutamente necesario. No es por cierto que sientan satisfacción en castigarlos, pero desean que sus hijos sigan caminos que les aseguren el bienestar y el éxito.

Por eso, a veces se determinan a emplear represalias contra ellos para hacerlos volver a la sana noción de las cosas. No es el odio que los mueve, sino que, al contrario, es la voluntad de ayudarlos para su bendición. Es a fin de evitarles lo más posible que sigan caminos que más tarde los harían infelices.

Así es también como el Señor, en su grande sabiduría, deja venir a veces lecciones y pruebas para que podamos recobrarnos y dar de nuevo el paso en la buena dirección. Podríamos ahorrarnos muchas dificultades si fuéramos más atentos y más dóciles. Pero esperamos muy a menudo que nos duela mucho para recobrarnos. Un hijo de Dios fiel no espera hasta que le duela mucho, sino que obedece a los consejos del Señor.

Se confía en las manos de su Padre y hace lo que le es agradable, por amor, por gratitud y por convicción. Siente un gozo maravilloso en poder complacer al Eterno. Todos sus pensamientos están dirigidos hacia la obra del Señor que realiza en la tierra para la bendición y la liberación de los seres humanos.

Los verdaderos consagrados se ocupan de su ministerio. Corren fielmente en la liza y toman a pecho la prosperidad del Ejército del Eterno, que aman y por el cual se alegran de abnegarse. No hay resistencia en su corazón.

El Eterno, pues, quiere conducirnos como un padre conduce a su hijo, y toma de él un cuidado amable y afectuoso. Desde luego, se trata para nosotros de realizar la docilidad necesaria. Sin embargo, me doy cada vez más cuenta de que hay todavía mucha resistencia en cada uno.

Por lo tanto, hay resistencias voluntarias y resistencias involuntarias que se manifiestan casi automáticamente, de tal manera son grandes los hábitos adquiridos. Es indispensable que consideremos las cosas bajo su propio aspecto, y combatamos con energía todas esas resistencias, a fin de desembarazarnos de ellas completamente.

El Señor nos dice con benevolencia que nos descarguemos en El de toda nuestra ansiedad, porque es él mismo quien quiere tener cuidado de nosotros. Pero muy a menudo, sin que nos lo confesemos a nosotros mismos, no queremos que él tenga cuidado de nosotros. Queremos hacerlo nosotros mismos, para dirigir mejor nuestra vida a nuestro antojo, en ciertas direcciones cuando menos.

Esto proviene de que no tenemos bastante confianza en los caminos divinos y por eso las cosas no van como convendría. Así tenemos toda clase de pensamientos, reflexiones, preocupaciones y dudas no confesadas, que a pesar de todo atormentan nuestro corazón.

No queremos expresar abiertamente los pensamientos que nos vienen, pero están de todos modos en nosotros; nos impiden realizar las lecciones a medida que se presentan, porque son como ganchos que nos retienen y que nos mantienen estancados.

El Eterno sabe todo y conoce exactamente la

situación de nuestro corazón. Si bien el cumplimiento del programa divino es dejado a nuestra libre estimación, puesto que nada es forzado en los caminos del Eterno, de todos modos, es necesario que por nuestra parte tengamos la buena voluntad necesaria para alcanzar la meta.

Cuando el Eterno ve que hemos llegado al máximo de lo que queremos desplegar como buena voluntad, y si El sabe que más adelante no manifestaríamos mayores esfuerzos, no impide que intervenga la muerte. Pues sabe que, de seguir viviendo, disminuiríamos nuestras posibilidades, y tal vez no tendríamos probabilidades de éxito en la resurrección, durante el tiempo de la restauración de todas las cosas.

Cuando una existencia es segada, sentimos a veces muy grandes pesares, y podríamos decir: Puesto que el Eterno es el Omnipotente ¿no habría podido conservar la vida a aquel o a aquella que amábamos?

Pero si estamos al corriente de las intenciones caritativas del Eterno y de su verdad, estamos seguros de que la intervención divina es siempre juiciosa y perfecta. Por lo tanto, si no interviene el Eterno, es que no sería útil, y que incluso sería un perjuicio.

Para los que se han consagrado al Señor, están destinados a formar parte del real sacerdocio. Estemos bien convencidos de que cuando se termina la carrera de uno de ellos, es el momento más favorable para el discípulo de clausurar su carrera en la liza. Ser un miembro del cuerpo de Cristo en la gloria requiere haber adquirido la transparencia del carácter como la que simbolizan las Escrituras con el resplandor de las piedras preciosas.

Si la muerte se presenta para un discípulo antes de haber realizado su limpidez de carácter, es que tampoco lo haría si siguiera viviendo. Es entonces que sucede para él una tribulación más o menos grande que le ayuda, por no haber sido completamente fiel, y para que pueda adquirir los sentimientos necesarios para formar parte de la gran compañía. Pero si se rebela y rehúsa aceptar esa situación, entonces es su destrucción definitiva.

El Señor lo conduce todo maravillosamente. Actualmente, para los seres humanos en general, nada es definitivo puesto que hay la resurrección. Cuando se presente la última prueba, al final de la época de la restauración de todas las cosas, los seres humanos restaurados en la tierra serán puestos delante de la alternativa de escoger libremente la vida o la destrucción definitiva. Pero actualmente es sólo para los que corren la carrera del alto llamado que tiene lugar la prueba definitiva.

Pongamos todo en las manos del Eterno de todo corazón, y digámosle: “Señor guía me”, con la certidumbre de que el Señor decide siempre para bendición. Así podemos pelear con éxito la buena batalla de la fe, que ha de conducirnos a la victoria.

Es necesario que pongamos toda nuestra confianza en el Eterno, y sea nuestra fortaleza y nuestro escudo, porque es nuestro Padre celestial que tiene cuidado de nosotros y que hace concurrir todo para nuestro bien. El nos dice: “Dame, hijo mío, tu corazón”.

Necesitamos tener confianza en el Señor, apoyarnos en él con toda nuestra alma, y no desconcertarnos frente a la menor prueba. El Señor quiere que seamos de los valientes y de los convencidos. Para esto es menester que nos conduzcamos de manera a desarrollar en nosotros la fe como conviene.

Cuando nuestro querido Salvador estaba con

sus discípulos en la barca, y que la tempestad se desató y llenó de espanto el corazón de los discípulos, el Señor no les dijo: “¡Pobres criaturas, comprendo que os asuste una tempestad tan terrible!” Sino que simplemente les dijo: “Hombres de poca fe”.

Les hizo comprender así que, al faltarles la fe necesaria, no discernieron la protección divina a través del peligro. Y precisamente debemos pelear la buena batalla de la fe para conseguir esta situación de corazón.

Por eso, es indispensable que aprendamos a contar con el Eterno, a estar completamente seguros de que su brazo nunca es demasiado corto para guardarnos, y de que en todas las circunstancias nada puede sucedernos sin su permiso. El Señor dice: “Conforme a tu fe te será hecho”. Si tenemos fe en la protección divina, seremos protegidos.

Pero también conviene hacer lo necesario; pues de lo contrario sólo tenemos la credulidad, y no la fe. Creemos entonces que el Señor nos protegerá, aun si no estamos para nada en la nota. Esto sería engañarnos con falsos razonamientos y descuidar completamente la ley de las equivalencias.

La fe es condicional, y no puede obrar sino cuando nos sometemos verdaderamente a los caminos divinos. Entonces podemos aprender gloriosas lecciones, gracias a las cuales la fe se fortalece cada día más.

Entonces nos penetra la personal e íntima convicción de que no puede manifestarse otra cosa sino sólo lo que el Señor juzgue útil para nosotros. Y lo que él decide es siempre para nuestro mayor bien.

En lo sucesivo las preocupaciones desaparecen completamente de nuestro corazón; los temores son sustituidos por la tranquilidad y la limpidez de los sentimientos, los cuales son el resultado de la fe verdadera.

Los seres humanos están hechos para vivir eternamente en el gozo, en la felicidad, en la paz, en la salud y en la prosperidad. Es lo que podrán realizar plenamente, si así lo quieren, durante la restauración de todas las cosas.

Desde luego que para esto tendrán que estar deseosos de cambiar completamente de carácter. Actualmente, los que corren la carrera del alto llamado y que ejercen el ministerio de consagrados, deben cambiar de mentalidad en esta dispensación; llegan a ser amables, benévolutos y afectuosos, se deshacen del egoísmo y renuncian a sí mismos.

Pagan por los culpables, en breve siguen las huellas de su Maestro muy amado, nuestro querido Salvador. Los discípulos fieles se asocian al Señor para dar su vida a favor de la humanidad. Se convierten así en seres de corazón noble y desinteresado, y su vida adquiere mucho valor.

Es lo que dijo el profeta en un salmo, refiriéndose a los consagrados: “Precio tiene a los ojos de Jehová la muerte de sus santos.” ¿Por qué tiene precio? Porque ofrecen su vida por amor a la humanidad infeliz, y por entusiasmo al Eterno y a su obra sublime.

Evidentemente, muy pocos numerosos son los que ejecutan este programa fielmente; sólo forman un pequeño rebaño. Pero los que persiguen este programa tienen la fe, así como la tenía nuestro querido Salvador que anticipadamente sabía que iba a resucitar al tercer día después de su crucifixión,

Los consagrados pasan primeramente por el bautismo del agua, que es el bautismo simbólico. Después, día tras día, pasan por el verdadero bautismo, por la muerte en Cristo que se efectúa

en el renunciamiento a sí mismos y en el ministerio de la propiciación realizado fielmente.

Es de esta manera que pasan por el valle de sombra de muerte, cuyo desenlace es la resurrección. El apóstol Pablo escribe en Colosenses 3: 1,2 : “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, poned la mira en las cosas de arriba, y no en las de la tierra que pasan”.

Por lo tanto, para nosotros se trata de dedicarnos a esa lucha gloriosa, con la cual, si la vivimos honradamente, sentiremos alegrías inefables y sublimes. En efecto, tan pronto como nos esforzamos en vivir los principios de la ley divina, se manifiestan facilidades por todas partes. Lo que antaño era penoso, acaba por ser completamente fácil y ligero por la gracia del Señor.

Los seres humanos están hechos para vivir en el Reino de Dios, en el cual sólo se puede permanecer habiendo adquirido una nueva mentalidad. Para lograrla, únicamente debemos luchar en contra de nosotros mismos, y nada más. No tenemos el derecho de combatir a nadie; sólo tenemos el derecho de ser buenos y amables con nuestro prójimo, amarlo y tener paciencia con él.

No debemos usar violencia con quien sea, como tampoco lo hace el Señor con nosotros y nos invita a vivir el programa divino, y luego nos deja libres de nuestras acciones. Si deseamos su socorro, nos lo concederá, si no, su gracia no puede operar. Pues no estamos siempre decididos a aceptar la ayuda del Señor, porque a veces nos agrada todavía hacer pequeñas infracciones al programa.

Las infidelidades se traducen obligatoriamente en un déficit. Y ese déficit se manifiesta en dificultades y dolores que hay que soportar, al ser equivalencias automáticas. Pero está bien que así sea, puesto que nos reprenden.

Esas equivalencias nos ayudan a volver a la buena dirección, implorando el perdón y el socorro del Señor que nunca faltan en la angustia. La paga del pecado es la muerte con todo su cortejo de dificultades y de sufrimientos. Pero la equivalencia de la virtud, al contrario, nos procura alegría y la vida eterna.

Por lo tanto, entreguemos nuestra suerte en manos del Eterno, combatamos el buen combate de la fe, vivamos fielmente la verdad, que nos permitirá ser libres de la libertad de los hijos de Dios, y darle gloria al Eterno y a nuestro querido Salvador.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos podido mantenernos con el espíritu de Dios vencer hábitos egoístas, traer buenas impresiones y renunciar con gozo?
2. ¿Hemos vivido los principios divinos, combatido con valor la superficialidad, la distracción y la tibieza?
3. ¿Ha sido nuestra fe viva, nuestra humildad un ejemplo y nuestro amor desinteresado?
4. ¿Hemos sentido maravillosas impresiones de paz y de alegría, por haber descargado toda nuestra ansiedad sobre el Señor?
5. ¿Hemos progresado en el espíritu de la familia divina, y ganado victorias sobre la indolencia y la suspicacia?
6. ¿Hemos vivido los principios divinos, dado la prioridad al prójimo, desterrado las exigencias y confiado todo al Señor?